

EL ENIGMA DE LA EDITORIAL

J. S. Baños

**Muestra descargable ofrecida gratuitamente en el sitio web de
Belaontzi: www.belaontzi.com**

© 2011, J. S. Baños

Segunda edición: octubre de 2022

Primera edición: enero de 2016

© 2022, Belaontzi

www.belaontzi.com

Diseño de la portada: Belaontzi

ISBN-13: 979-8358934665

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los responsables del sello editorial. Asimismo, queda prohibida la venta de esta muestra previa del libro, ni en todo ni en parte, descargable exclusivamente desde el sitio web de Belaontzi de manera gratuita.

BO 0 0 0 0 1

I

El avión con destino a Barcelona estaba a punto de despegar del aeropuerto JFK de Nueva York. Entre el pasaje, viajaba Richard Mckees, de 52 años, metro ochenta, corpulento, ojos azules, buena presencia, las mujeres lo encontraban atractivo. Vestía un traje claro y llevaba corbata con el nudo flojo al estilo de América. Aparentaba ser un ejecutivo americano en viaje de negocios. En realidad, era español de nacimiento, su padre era estadounidense y su madre española, así que tenía doble nacionalidad.

Emigró a los Estados Unidos tras fallecer su madre, cuando solo tenía doce años, para vivir con su padre. No había vuelto a España desde entonces.

Iba decidido a quedarse a vivir en Barcelona. La había elegido por ser su ciudad natal. No deseaba vivir en la ciudad de los rascacielos, ya que le recordaba continuamente a su padre fallecido tras una larga y dolorosa agonía.

No dejaba nada atrás, solo los recuerdos amargos. Estaba divorciado, no tenía hijos, y nunca se volvió a casar.

Su profesión le permitía escoger el lugar donde vivir. Era escritor, y escribir se puede hacer en cualquier parte del mundo, se decía a sí mismo.

Le habían dicho que en Barcelona se vivía muy bien y quería comprobarlo por sí mismo. Tenía familia en la ciudad, en particular una tía con la que había mantenido continuos contactos telefónicos. También tenía propiedades, tres pisos que heredó de su madre al fallecer. Además, su abuelo materno también dejó bastantes propiedades, y a excepción de una, las dejó a sus cinco nietos. Él era uno de ellos.

Sus primos y su tía habían constituido una sociedad inmobiliaria para administrar las propiedades, y él aceptó la invitación que le hicieron para formar parte de la sociedad, cediendo sus propiedades. La administradora era su tía Dolores, que, a su vez, incorporó un importante patrimonio inmobiliario

a la sociedad.

Comunicó a su tía que estaba decidido a establecerse en la ciudad y quería un apartamento, a ser posible que fuese en el que él vivió de pequeño. Su tía quería que fuese a vivir con ellos, ya que tenía una casa grande, y le decía que allí estaría cómodo y que había sitio para uno más de la familia. Él, que era muy independiente, le agradeció el ofrecimiento, pero quería vivir en su apartamento.

En realidad, no necesitaba nada, los libros le daban para vivir más que holgadamente. No quería nada, ni de la sociedad con sus primos, ni vivir a expensas de nadie. Claro que, si la sociedad inmobiliaria daba beneficios, quería su parte.

Era una persona muy observadora, y se fijó en el departamento de clase Business. Aparte de él, solo viajaban nueve personas más: tres hombres elegantemente trajeados, que en un principio pensó que eran ejecutivos, pero en realidad eran tres jueces federales que viajaban a Europa para asistir a unas conferencias; también viajaba un matrimonio con dos hijos menores que regresaban a España después de pasar unos días en EE. UU.; por último, iba un matrimonio que, desde que los vio en la sala VIP del aeropuerto, no habían parado de discutir. Ella era rubia y tenía mal genio, y él tenía una calvicie algo pronunciada, aparentaba ser una persona honesta.

Una vez que el avión hubo despegado, una gentil azafata ofreció diarios y revistas a los pasajeros. Aceptó un diario y se dispuso a leerlo. Observó que los ejecutivos también aceptaron periódicos, aunque no los leían. Estaban absortos en una pantalla de ordenador portátil y hablaban entre ellos. Su voz era imperceptible, y tan solo le llegaba un leve susurro. De reojo, vio que la rubia mujer de mal genio también cogía una revista, y su marido se puso a leer un libro que sacó de su maletín.

A Richard le entró somnolencia y se quedó adormilado. Dos horas más tarde se despertó al oír un grito de desesperación: era aquella mujer rubia, estaba de pie, y su marido, ligeramente ladeado sobre su asiento.

El resto de los allí presentes estaban atentos a lo que sucedía.

De inmediato, acudió la azafata y, haciéndose cargo de la situación, fue a comunicárselo al capitán. Regresó a los pocos minutos con dos personas: una era médico y la otra, el detective de abordó.

El médico examinó el cuerpo de aquel hombre y dijo que había fallecido. Uno de los jueces se interesó por las circunstancias de la defunción y el doctor le dijo que la muerte no era natural, que a aquel hombre seguramente le habían envenenado, aunque no lo podría saber con certeza hasta que le practicasen la autopsia.

El detective y el juez estuvieron hablando a escasos metros de Richard y este se enteró de toda la conversación. Vinieron a decir que no había ingerido nada a bordo y que, por tanto, debía de haber embarcado ya con la sustancia fatídica en su cuerpo.

Richard no sabía lo que había pasado, pero intuía que lo acontecido se asimilaba mucho a una de sus novelas. Sin pensárselo dos veces, se dirigió adonde se encontraban aquellas dos personas.

—Disculpen, ¿puedo hacerles un par de observaciones?

—¿Quién es usted? —preguntó el juez federal.

—Richard Mckees, y soy escritor de novelas de suspense y policíacas.

—¿Qué nos quería decir? —volvió a preguntar el juez, un tanto secamente.

—Mire usted, señoría, por mi profesión observo todo lo que acontece alrededor mío y puedo asegurarle que este hombre estaba leyendo un libro.

—¿Y qué tiene eso de extraño? —empleó el mismo, todo agrío.

—En una de mis novelas relaté un caso muy parecido a este. Recuerdo que era un vuelo internacional y que, al llegar al destino, las autoridades de aquel país se declararon incompetentes, al haber ocurrido el óbito en el avión, y que mientras este estuviera en el aire, era suelo americano. ¿Es correcto?

—Sí, tiene usted razón. Prosigas, por favor —su voz ya no denotaba ningún malestar para su interlocutor.

—En la historia que una vez relaté, al declararse

incompetentes las autoridades locales, dejaron en libertad al asesino, y poco después desapareció sin que nunca pudiera juzgarse por un tribunal americano, ni de otra nacionalidad.

—Prosiga, por favor —le rogó el juez.

—Como les he dicho, soy bastante observador, y vi que cada vez que el difunto pasaba página, se humedecía uno de sus dedos en sus labios. Suponiendo que el libro estuviera envenenado, fácilmente esa sustancia pasaría del libro a su cuerpo a través de sus dedos y su saliva haría el resto. Yo de ustedes, le pediría a la esposa, quiero decir a la viuda, el libro, y que el laboratorio haga un examen. También pueden hablar con el médico, por si puede establecer alguna conexión.

—No lo veo claro, pero es la única pista que tenemos. Veamos ese libro y hablemos con el médico —dijo esta última frase dirigiéndose al detective.

Richard se acomodó en su asiento y se dispuso a no perderse detalle de lo que acontecía.

La viuda puso resistencia a entregar el libro, lo cual la delataba. También el médico estuvo en un principio de acuerdo con mi teoría, ya que una de las yemas de sus dedos estaba amoratada, posiblemente por el veneno. Ante esta situación, el juez le pidió a la rubia esposa del difunto que no abandonase el avión al llegar a Barcelona, y que estaría retenida hasta que tuviera el resultado de los exámenes tóxicos preliminares. Llegado a ese punto, la mujer se derrumbó y confesó que ella lo había planeado todo.

* * *

Richard pasó el control de pasaportes y la aduana sin ningún contratiempo, solo llevaba una maleta con lo imprescindible para unos días, ya que el resto de sus objetos personales y su equipaje lo recibiría más tarde a través de una agencia de mudanzas.

En la puerta de salida de las llegadas internacionales estaban esperándole su tía y su hijo Santiago, al que no conocía personalmente.

Al salir, una mujer ya entrada en años y elegantemente vestida,

le llamó por su nombre, casi gritaba:

—¡Ricardo! ¡Aquí!

—¡Tía Dolores! —contestó al percatarse de quién le llamaba.

Se abrazaron y su tía no paraba de besarlo, sin dejar de abrazarle. Su hijo, bastante más joven que él, aguardaba a que su madre hiciera las presentaciones. Viendo que su madre no estaba por la labor, y con la finalidad de que dejara de besar a su primo, manifestó:

—¿Así que tú eres mi primo americano?

—Sí, y tú eres Santiago. Te he reconocido por las fotografías, ya sabes, las que tu madre me mandaba.

Se dieron cordialmente la mano y luego se abrazaron.

—Puedes llamarme Santi, como todo el mundo.

—De acuerdo.

—Estarás cansado del viaje...

—No mucho, me he pasado gran parte del viaje durmiendo —no comentó lo que realmente había pasado en ese avión.

—Dame la maleta, que tengo el coche afuera. ¿No has traído más equipaje?

—No, me lo enviarán por agencia, supongo que estará al llegar.

Viendo un quiosco de diarios, les pidió:

—Esperad un momento, por favor.

Se dirigió allí y compró un ejemplar de un periódico. Al volver junto con sus parientes, les dijo:

—Tenía ganas de leer un diario de Barcelona y que fuese del día.

—En casa recibimos todos los diarios, los podrás leer hasta que te canses —le dijo Santi bromeando.

—¿Sí? ¡Qué bien informado estaré! —dijo riendo y contestando a la broma de su primo.

A continuación, se dirigieron al aparcamiento, donde estaba estacionado el coche de Santi, un Mercedes-Benz.

De viaje por la autopista, hacia la ciudad, Dolores preguntó a su sobrino:

—¿Qué impresión te causa volver a la que una vez fue tu casa?

¿Qué te parecen los cambios que estás viendo? —y sin dejar que respondiera, añadió— ¡Me tienes que contar con todo lujo de detalles tu aventura americana!

—Hasta lo que llevo visto, todo me parece bien, veo bastantes cambios. Ten en cuenta que cuando me fui era solo un niño, y aparte del piso que teníamos en Barcelona, solo había salido para ir a la casa de los abuelos en Coma-Ruga. Por cierto, tía, ¿está disponible el piso de mi madre?

—Lo están arreglando, estará acabado en dos o tres semanas. De momento y hasta que esté listo, te alojarás en nuestra casa. Hay una habitación reservada para ti, y de ninguna forma te dejaría solo en los primeros días de tu estancia entre nosotros. Además, me tienes que explicar muchas cosas, quiero saber todo sobre tu vida, cómo te ha ido, aunque muchas cosas ya las sé, bien porque me las has contado por teléfono, bien por la prensa, bien por nuestros propios medios, ¿o te crees que un escritor de éxito como tú puede pasar desapercibido a una editora como yo?

—¡Uy, uy, uy! —exclamó Santi, en tono alegre y simpático—. Vete con cuidado primo, que ya salió la tigresa, y como te descuides, ¡te va a afeitarse en seco!

—Ya veo, ya... —y dirigiéndose a su tía— Dolores, quiero que sepas que estoy contento de haber vuelto y no quiero ser molestia para nadie, puedo alojarme en un hotel. Además, yo ya estoy acostumbrado a vivir solo.

—Tonterías —replicó Dolores—, tú no eres ni serás ninguna molestia, y no se hable más del asunto. Otra cosa, sobrino, puedes llamarme Lola.

—Conforme, tía Lola.

Llegaron a la casa de los Martí, así se apellidaba el esposo de Dolores, en la zona alta de Barcelona. Era una casa antigua, muy bien conservada y con amplios jardines. Se construyó en el siglo XIX y había pertenecido a la familia Martí desde su construcción. En la parte trasera de la casa había una piscina, que al igual que el resto de la casa, era enorme.

—¿Qué te parece la choza? —preguntó Santi, con cierta sorna. Richard se paró unos instantes a observarla con detenimiento.

Efectivamente, era una casa grande, de tres pisos. La puerta principal estaba franqueada por unas enormes columnas de mármol blanco. Fácilmente se podría convertir en un hotel de lujo, pensó y sonrió para sí mismo.

—Me recuerda mucho a la que tenía mi abuelo en Oklahoma, que también era grande.

—Ahora debe de ser tuya, ¿no?

—No, qué va, mi padre la vendió para poder pagar las deudas que había contraído mi abuelo. Apenas nos quedó para comprar un apartamento en Nueva York.

Entraron en la casa y salió a recibirles un hombre alto, casi calvo, de buena presencia y buen porte, pero algo mayor para ser un criado. Debía de estar cerca de los setenta años. Era el mayordomo, que estaba al servicio de los Martí desde mucho antes de nacer los hijos de los señores de la casa.

—Buenos días —dijo este, con mucha seriedad, añadiendo— El señor Mckees, me imagino.

—Sí —respondió.

—Si me permite el equipaje, le mostraré sus aposentos.

—Gracias.

—¿Ha tenido buen viaje el señor?

—Sí, gracias.

Mientras le llevaba a su estancia, en el piso superior, Richard lo iba mirando todo con disimulada discreción. Efectivamente, era una antigua casa reformada, que se había adecuando a las comodidades modernas, pero manteniendo la estructura original. Se había instalado un ascensor que estaba disimulado en un rincón y no alteraba la armonía del resto de la casa. También pudo observar rejillas de aire, bien podía tratarse del aire acondicionado y de la calefacción. Pensó que habían tenido buen gusto.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, pudo observar que solo aquella estancia era casi tan grande como su apartamento de Nueva York. Era suntuosa, con una cama grande de metro y medio de ancho por dos de largo. En un rincón había una salita de estar, compuesta de un sofá y dos butacas que parecían muy

cómodas, todo ello situado al lado de una chimenea. Además, había un equipo de alta fidelidad y también un aparato receptor de TV de plasma. Al fondo, al lado de uno de los ventanales, había un escritorio con un ordenador portátil encima de la mesa. Al acercarse, vio una nota de Lola que decía: *Espero que todo esté a tu gusto para que puedas escribir tu mejor novela, ya sabes que estaríamos encantados de publicarla*. Había que reconocer que su tía pensaba en todo.

—¿Solo ha traído una maleta, señor?

—Sí —obvió explicarle que el resto de sus pertenencias ya estaban en camino.

—Bien, si me permite el señor, guardaré sus cosas en el vestidor, y si el señor prefiere descansar, se las guardaré en otro momento.

—No, puede usted proceder.

—Bien, señor.

El vestidor estaba situado dentro de un pequeño cuarto. De una forma muy metódica y ordenada, fue colocando la ropa en su sitio, separando la que se tenía que lavar o planchar. Mientras tanto, Richard fue deambulando por la estancia observándolo todo, y descubrió, disimulada detrás de una cortina, una puerta que daba al baño. Entró y vio que tenía todo lo que necesitaba sin faltar detalle alguno. Pensó que aquel dormitorio debía de pertenecer a alguno de sus parientes, y seguramente lo habrían desplazado a otra estancia. Volvió a la estancia principal y preguntó al mayordomo:

—¿A quién pertenecían estos aposentos?

—¿A quién pertenecían? —repitió el sirviente, queriendo entender bien lo que se le preguntaba, reaccionando inmediatamente:

—Actualmente a nadie, señor. Antiguamente se alojaba el padre de la señora cuando venía a Barcelona.

—Bien, gracias por la información.

—No hay de qué, señor.

Se giró, mirando hacia la puerta, cuando su primo Santi le preguntó:

EL ENIGMA DE LA EDITORIAL

—¿Está todo bien?

—Está perfecto, gracias.

—Solo he venido a decirte que si quieres descansar, puedes hacerlo. La cena es a las nueve, donde podrás conocer al resto de la familia. Si te apetece comer algo, Emilio te servirá lo que gustes.

—¿Quién es Emilio?

—Servidor, señor —respondió el mayordomo.

—Bien, Emilio, pero por favor deje de llamarme señor.

—Como guste el señor.

—No lo conseguirás, yo lo he intentado infinidad de veces, y aunque la respuesta siempre es la misma, nunca ha dejado de decirme señor —manifestó Santiago.

—Oye, Santi, estoy deseoso de visitar la ciudad, así que me voy a dar una vuelta por el centro de Barcelona. He pensado que si no tienes nada que hacer, podrías acompañarme.

—Encantadísimo, ya tenía ganas de que me lo propusieras. Conozco un lugar que...

Sin dejarle acabar la frase, Richard le dijo:

—Vamos, entonces.

—¡Vamos!

* * *

Después de deambular por Barcelona toda la tarde y poco después de las ocho, regresaron los dos primos a la villa. Se despidieron y quedaron en encontrarse en el salón principal sobre las nueve. Cada uno se dirigió a sus respectivos aposentos para asearse y vestirse para la cena. Santi le había manifestado que la cena no era de etiqueta, que podía ir deportivamente, si así lo deseaba. Richard no le hizo caso y se enfundó una camisa de seda azul celeste, un traje oscuro y una corbata con fondo granate y unos pequeños dibujos azules, a juego con la camisa, pues quería causar buena impresión al resto de la familia. Ya habría tiempo de vestirse más informalmente. En esta ocasión, se hizo el nudo de la corbata bien apretado.

A la hora convenida, se dirigió a la estancia principal y la

encontró vacía. Al poco rato, entró Emilio y, con una ligera reverencia, le preguntó:

—¿Qué le sirvo al señor?

—Nada, gracias. Esperaré.

—Bien, como mande el señor.

En eso, entró Santi, iba acompañado de una mujer muy atractiva. Llevaba un vestido verde turquesa que realzaba su figura. Supuso que era su mujer.

—Hola, Ricardo. Esta belleza que está cogida a mi brazo es mi esposa, Carmen.

—Encantado de conocerla —dijo Richard con exquisitez, al tiempo que le alargaba la mano.

Ella ignoró el gesto de él, se aproximó y le dio dos besos, al mismo tiempo le abrazaba y le manifestó:

—Ya tenía ganas de conocerte... últimamente, en esta casa se habla mucho de ti.

—Supongo que para bien.

—Supones bien.

Mientras tanto, habían entrado silenciosamente Dolores y su marido Josep, y también una niña.

—Veo que ya conoces a Carmen —manifestó Lola—. A Josep ya le conociste en Nueva York.

—Sí —se apresuró a decir el esposo, estrechando la mano al sobrino de su mujer—, y, por cierto, no te di las gracias como era debido por todas las atenciones que tuviste conmigo.

—Hola, Josep. ¿Cómo está? Fue para mí una satisfacción conocerle. La verdad es que quedé impresionado por las conversaciones que tuvimos. Le tengo que confesar que por aquel entonces estaba un tanto desconcertado y gracias a usted me volvió la inspiración y pude volver a escribir nuevas historias.

—Me alegro de que mi estancia en tu casa sirviera para algo tan importante como es la inspiración, pero, por favor, tutéame.

—Bien, pues de tú.

—Permíteme que te presente a esta jovencita. Es mi nieta Rocío, hija de Santi y Carmen —dijo con dulzura Josep.

—Es para mí un placer conocer al primo de mi padre —dijo la

niña, con mucha educación.

—El placer es mío. ¿Me das un beso?

Con timidez, pues solo tenía diez años, le dio un fugaz beso y fue a cobijarse tras su madre.

—Disculpa, es un poco tímida —manifestó la madre de esta—. Tenemos otro hijo, Albert, que está estudiando unos días en Londres, para que aprenda bien el inglés.

—Sí, en la actualidad el inglés es muy importante.

—Tal vez tú puedas enseñarle algo del idioma.

—Para mí será todo un placer —aseguró.

—¿Ha llegado la señorita Alba? —preguntó Dolores al mayordomo, que estaba sirviendo una copa de vino blanco a Carmen.

—No señora, aún no ha llegado —le contestó Emilio.

—Alba es doctora en medicina —le dijo a Richard—, es muy independiente y casi nunca es puntual.

—En eso se parece a mí.

—Sí, pero tú no eres doctor —le dijo con sonrisa burlona.

—No, solo soy un escritor mediocre —respondió con cierto humor.

—De mediocre nada...

No pudo decir nada más, en ese preciso momento hizo su aparición Alba. Llevaba puestos unos pantalones tejanos, camisa de cuadros chillones y una cazadora que le conjuntaba con los pantalones, era todo de estilo vaquero, resultaba de lo más llamativo.

—Disculpar el retraso, el tráfico está cada día más difícil —y sin dar tiempo a presentaciones, se encaminó hacia el desconocido—. Tú debes de ser mi primo Ricardo, ¿o debo llamarte Richard?

El intercepto, besándola en la mejilla, dijo:

—Tú debes de ser mi prima Alba. Estoy complacido de conocerte y sí, soy Ricardo o Richard, como tú quieras llamarme.

Alba, que era muy dicharachera y atrevida, le cogió del brazo y exclamó en voz baja, para que solo le pudiera oír su primo:

—Estoy hambrienta y mi familia no parece que quieran cenar.

—Si os parece, pasemos al comedor —anunció el patriarca, que le pareció entender lo que decía su hija.

Una vez acomodados alrededor de la mesa, una sirvienta que respondía por el nombre de María y el mayordomo empezaron a servir. Primero, un consomé; a continuación, lobina al horno con langostinos y, de postres, un delicioso pastel-helado de chocolate.

Durante la cena, formularon a Richard mil preguntas sobre cómo vivía en América, por qué era escritor y no abogado como su padre, por su vida sentimental, sobre la enfermedad de su padre y otras muchas cuestiones, a las cuales respondió lo que se podía contestar con mucha cortesía. Todos los comensales estaban muy pendientes de sus respuestas, e iban asintiendo, a veces con la cabeza y otras con pequeños gestos. En algunos temas no omitió detalle alguno. En cambio, respondía con un sí o un no en otras cuestiones, ahorrándoles largas explicaciones que no conducían a ninguna parte.

Después de cenar, pasaron al salón, donde tomaron café y licores, donde continuaron las preguntas mutuas, ya que Richard aprovechó la ocasión para preguntar primero a Rocío por sus estudios, así se enteró de que iba a un colegio de monjas que le gustaba mucho, y le dio un beso de buenas noches antes de retirarse a su dormitorio; a su prima Alba le preguntó por su profesión, y supo que tenía su consulta de pediatría en el Paseo de Gracia; y al resto de la familia, les preguntó por la marcha de la editorial. Aunque algunas respuestas eran banales, se iba enterando de cosas que desconocía totalmente, pero por su larga trayectoria como novelista sabía entender lo que no le decían. Santi le dijo que la editorial iba marchando bien, con tono poco convincente. Eso quería decir que tenía problemas y que de momento no los quería compartir, fuese por él o porque no quería que algún familiar supiera la verdad.

Al final de la velada, Lola manifestó con voz solemne:

—El próximo sábado haremos una cena en honor a Ricardo, así podrá conocer al resto de sus primos y ver a su tío Antón —y añadió, dirigiéndose a su sobrino— Te acuerdas de tu tío, ¿verdad?

EL ENIGMA DE LA EDITORIAL

—Sí, me acuerdo de él, sobre todo cuando de pequeños nos llevaba a El Vendrell o a Torredembarra, en Tarragona —cambiando de tono, le indicó a su tía— Por mí no debes hacer nada, ya tendré tiempo de ver y saludar a tío Antón y a sus hijos Mario y Rosarito, si no recuerdo mal, y también a su mujer. Cómo se llamaba... ¡Josefina!

—Después de tantos años veo que tienes buena memoria. Sí, se llama Josefa —nunca la mencionaba por el diminutivo, como hacía todo el mundo—, y en cuanto a la fiesta ya está decidido, esta tarde he hablado con mi hermano y ya nos hemos puesto de acuerdo —indicó Lola, con timbre de que no admitía replica. Dirigiéndose a sus hijos, especialmente a Alba, añadió— ¡Espero que no faltéis!

—No me lo perdería por nada en el mundo —replicó Alba, y Santi asintió con la cabeza.

¿TE ESTÁ GUSTANDO LA LECTURA?

Ya has conocido a los principales miembros de la familia Martí. ¡Ahora llega toda la acción! Sigue leyendo esta trepidante novela de Richard Mckees y descubre el oscuro enigma que encierra la editorial de su familia. ¡Haz click en los enlaces!

El Enigma de la Editorial

Libro en papel

<https://amzn.to/3D8X0Kh>

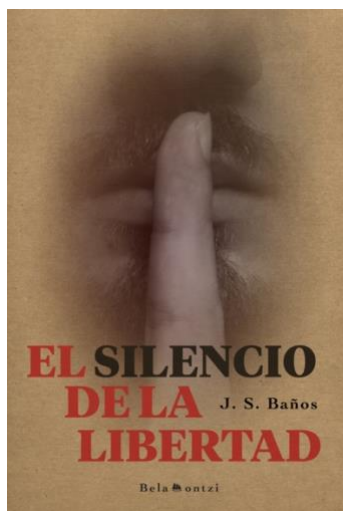
E-book

<https://amzn.to/3WZTnOx>

DESCUBRE OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



<https://amzn.to/3D9WJGR>



<https://amzn.to/3D8ZjmZ>

ACERCA DEL AUTOR

J. S. Baños (Barcelona, 1948-2021) no empezó su carrera literaria hasta 2006, año en que se jubiló como banquero y empieza a escribir sus primeros relatos.

A su primer libro, *El Enigma de la Editorial*, le siguió una segunda parte titulada *El Asesino del Dominó*, convirtiéndose este último en su primer libro publicado por una editorial alemana en 2012.



Cuatro años después, ambos libros se reeditan y se publican, siendo *El Enigma de la Editorial* su segundo libro publicado. Ambas publicaciones forman parte de la saga *Richard Mckees*, un escritor rodeado por el misterio y los casos policiales más difíciles de resolver que acontecen en Barcelona.

En 2017, se publica su tercer libro, *El Silencio de la Libertad*, que cambia la trama policial de las dos primeras novelas por una ambientación histórica en el contexto de la Guerra Civil Española. En ella, David Torres narra sus vivencias durante los años más difíciles que experimentó España desde un punto de vista inesperado.

En 2022, un año después del triste fallecimiento del autor, se reeditan al completo los tres libros a título póstumo bajo el proyecto *Belaontzi*, en el que nace un sello editorial con el fin de preservar su memoria y legado, así como para descubrir e impulsar nuevo talento en el mundo literario.